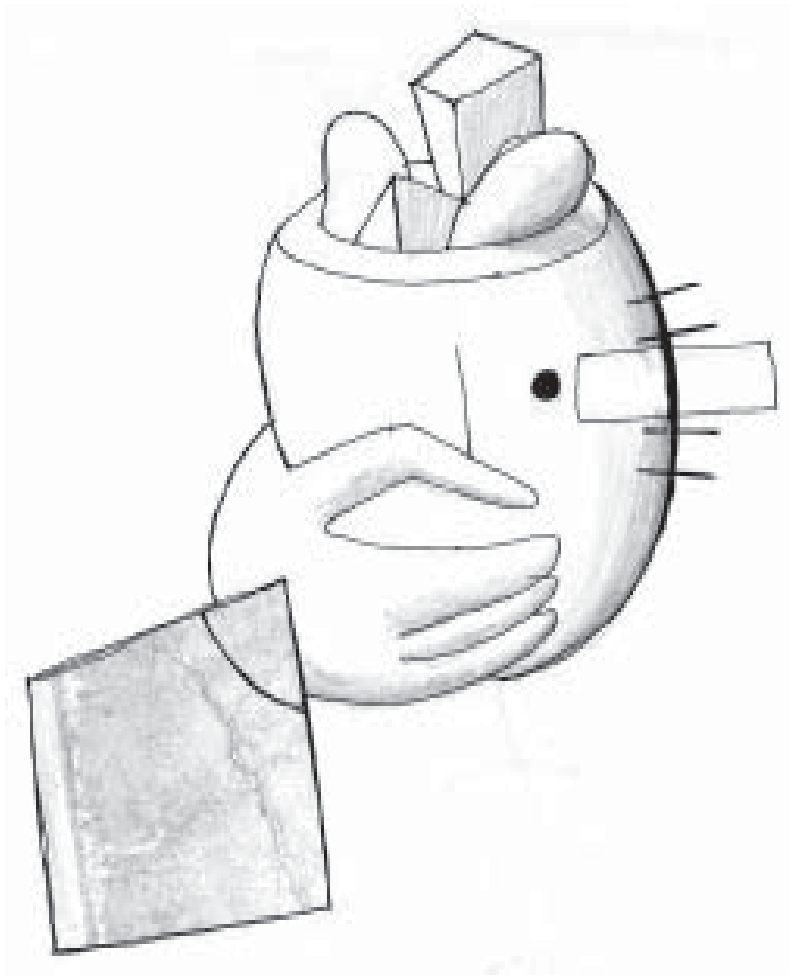


# Periodismo y cultura. Lectura ética del Quijote

## *Resumen*



Don Quijote personifica el estoicismo predicado y vivido por Séneca. El Caballero de la Triste Figura prolonga el senequismo. Lo encarnó y le infundió trascendencia, hasta exaltarlo a la categoría de rasgo de identidad del auténtico ser caballeresco y español. El autor hizo exposiciones en torno a esta ponencia en la Cátedra Edith Stein, de la Facultad de Filosofía y Letras, en la Semana Cultural del Seminario Mayor de Medellín y en el ciclo sobre el libro y el idioma en la Universidad La Gran Colombia, de Armenia, Quindío.

**Por Juan José García Posada**

Ponencia leída en la sesión de la Cátedra Edith Stein, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Miércoles 27 de abril de 2005.

Esta disertación sobre la vigencia del senequismo ético en Don Quijote sería innecesaria por redundante, si no fuera porque es sensato reconocer la importancia vital del juego placentero de la filosofía y las letras para la salud mental de los seres humanos. Es casi pretencioso formular hipótesis o elaborar una demostración si de lo que se trata es de lo obvio, es decir de algo tan evidente como el testimonio personal de estoicismo de Alonso Quijano el Bueno, secundado por su fiel escudero Sancho Panza.

Don Quijote personifica el estoicismo predicado y vivido por Séneca, el filósofo cordobés y romano del primer siglo de la era cristiana, que sostenía que *la verdadera felicidad consiste en no necesitarla* y decía que "la medida de la riqueza es el no estar demasiado cerca ni demasiado lejos de la pobreza".

Las pruebas del senequismo quijotesco y la práctica de la sabiduría estoica están a la vista del lector desde el primer párrafo de la obra máxima de Cervantes: ¿Cómo poner en duda la actitud ecuánime ante la adversidad, de alguien dispuesto a vivir a la intemperie en los campos yermos y extensos de La Mancha, a desafiar los peligros con audacia y temeridad y a limitar la austera dieta alimenticia a "una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes y algún palomino de añadidura los domingos?"

Sólo cuando se profesa un sentido de la vida que le atribuye preponderancia a la fuerza del espíritu y la potencia de la voluntad se alcanza a captar el significado de la vocación quijotesca, plena de tenacidad y arrojo, de resolución inflexible y de entereza para afrontar, como lo hiciera el Caballero de la Triste Figura, la realidad de saberse escogido como "aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos".

Don Quijote prolongó el senequismo. Lo encarnó y le infundió trascendencia, hasta exaltarlo a la categoría de rasgo de identidad del auténtico ser caballeresco y español. Sin embargo, no se crea que la agonía constante del Quijote, la tensión incesante de su ser aventurero excluyen el equilibrio interior y la armonía con la Creación, propios de la ética de los estoicos, apoyada en la conciliación entre una inspiración naturalista, que manda vivir conforme a la naturaleza y la definición de la vida del sabio por su armonía en sí mismo. A pesar de su locura, Don Quijote no era un pobre viejo loco: en todo su discurso hay plena coherencia. Tal vez así se comprenda "la razón de su sinrazón".

Esa armonía es la que hace posible la vida feliz, "*secundum naturam*". "El sumo bien (decía Séneca) es un alma que desprecia las cosas azarosas y se complace en la virtud." Ahí surge la idea nuclear de la "*virtus*", algo diferente de la "*areté*" griega, que ante todo resalta la destreza y la eficacia. En el concepto latino, la virtud es afín a la virilidad, "*vir*", varón, en el sentido de energía, fortaleza, valentía. "No es la dificultad la que impide atreverse, pues de no atreverse viene toda la dificultad", decía el filósofo. También es muy representativa de Séneca esta frase: "No nos falta valor para emprender ciertas cosas porque son difíciles, sino que son difíciles porque nos falta valor para emprenderlas". "Los fuertes no se quejan", advertía un abuelo en síntesis exacta de la vida virtuosa del estoico.

Entre la ética del senequismo y la de otros pensadores estoicos hay cierta distancia: la de Séneca no aboga por el abandono, por la actitud indiferente ante el mundo de la vida. El coraje y la valentía no podían serle ajenos, como queda dicho. Están implícitos en las enseñanzas de Séneca: el estoicismo es resistencia silenciosa, con dignidad. En esas lecciones se apoyó Ángel Ganivet cuando, en el sombrío anochecer del Siglo XIX, en tiempos de trágica desolación y de pérdidas territoriales y políticas inmensas para España, elevó su voz en esa suerte de angustiado *sursum cordae, arriba los corazones*, que fue el *Idearium* Español.

Toda la doctrina de Séneca (decía Ganivet) se condensa en esta enseñanza: no te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de tí una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, sean de los que llamamos prósperos, o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de tí que eres un hombre.

Y cómo se asemejan esas frases en versión actualizada para el modo de sentir y de escribir del 98, a la justificación que Don Quijote le hacía a Sancho de su vocación de caballero andante, en el vigésimo capítulo de la novela:

—Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro

para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas y fechos de armas, que escurezcan las más claras que ellos ficieron.

Don Quijote es paradigma del estoicismo en las letras universales. Mas no de un estoicismo cruel e inhumano, casi desalmado como el de Catón, ni de un estoicismo de pose mayestática al estilo de Marco Aurelio, ni del estoicismo desaforado y rígido de Epicteto. Séneca hizo en muchas ocasiones la defensa del estoicismo:

Sé que entre los ignorantes se habla mal de la doctrina de los estoicos, como si fuera excesivamente dura y no diera en manera alguna buen consejo a los príncipes y reyes; se le reprocha que prohíbe al sabio compadecerse, que le prohíbe perdonar. Y, efectivamente, si se expone así, es una doctrina odiosa, porque parece que no deja ninguna esperanza a los errores humanos, sino que impone castigo a todos los delitos. Si fuera así, ¿qué ciencia sería ésta, que manda despojarse de la humanidad y cierra el puerto más seguro para la mala fortuna, que es el auxilio mutuo? Pero no hay ninguna doctrina más benigna, ni más suave, ninguna más amante de los hombres y más atenta al bien común, de modo que su propósito es servir y auxiliar no solamente a uno mismo, sino tener en cuenta a todos y a cada uno de los hombres.

El estoicismo quijotesco es más bien, valga repetirlo, una representación del que enseñó Séneca. El mismo Ganivet afirma así la profunda moralidad esencial que ilumina el espíritu español:

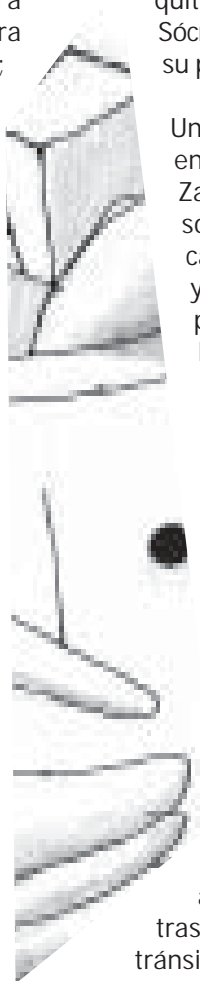
El estoicismo de Séneca no es, como vimos, rígido y destemplado, sino natural y compasivo. Séneca promulga la ley de la virtud moral como algo a que todos debemos encaminarnos; pero es tolerante con los

infractores: exige pureza en el pensamiento y buen propósito en la voluntad, mas sin desconocer, puesto que él mismo dio frecuentes tropezones, que la endeblez de nuestra constitución no nos permite vivir en la inmovilidad de la virtud, que hay que caer en inevitables desfallecimientos, y que lo más que un hombre puede hacer es mantenerse como tal hombre en medio de sus flaquezas, conservando hasta en el vicio la dignidad.

La clemencia fue para Séneca (y lo fue también para Don Quijote) una virtud compatible con la justicia. Así lo enfatizó en un ensayo dedicado, por ironía, a nadie menos que a Nerón, el emperador. En el Libro Primero del ensayo sobre la clemencia, Séneca le dice a Nerón que son laudables su dulzura y su espíritu clemente. "Que darás paso con tu clemencia a un siglo feliz y puro, es grato esperarlo y vaticinarlo. Se propagará esta dulzura de tu ánimo y se difundirá por todo el cuerpo del imperio y todas las cosas se formarán a tu semejanza". Involucrado en la conjuración de Pisón, Séneca recibió de Nerón la orden de que se quitara la vida. Su muerte fue cruel, más que la de Sócrates. Y Nerón no tuvo clemencia con quien fuera su preceptor.

Una de las personalidades esenciales de la filosofía en español en todas las épocas ha sido María Zambrano, quien escribió un estudio luminoso sobre *El pensamiento vivo de Séneca*, a quien calificó de "mediador, por lo pronto, entre la vida y el pensamiento, entre ese alto logos establecido por la filosofía griega como principio de todas las cosas, y la vida humilde y necesitada". El Séneca de María Zambrano es el ascético, el valedor de la razón desvalida frente al poder desnudo, el sabio, el político fracasado por fidelidad intelectual.

Resignación, ironía, serenidad. En cierta forma es la misma ataraxia, entendida como imperturbabilidad. Son tres palabras que María Zambrano ha subrayado en el estoicismo de Séneca, en ese modo de tomar la vida que puede identificarse en los rasgos del Quijote. Resignación, ironía, serenidad, tres caminos que orientan al hombre en el padecimiento de su propia trascendencia: "El hombre es ante todo (dice María Zambrano) aquel ser destinado a trascender, a trascenderse a sí mismo padeciendo esta trascendencia. Un ser, el hombre, en perpetuo tránsito que no es solamente un pasar sino un pasar



más allá de sí: de aquellos personajes que el sujeto va ensoñando con respecto a sí mismo”.

Don Quijote fue intérprete cabal de ese estoicismo humanizado, en la comprensión de la equidad. De ese ánimo están imbuidos los consejos a Sancho para el gobierno de la ínsula Barataria (Sancho, partícipe principal y paciente del estoicismo quijotesco, acostumbrado como buen escudero a recibir de su señor sólo “palos e ínsulas” y obligado a aceptar en silencio obediente, porque “al buen callar llaman Sancho”), consejos, digo, que son exhortaciones recordables como ejemplos de tolerancia y ecuanimidad:

“Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

“Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

“Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso.

“No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será a costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

“Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

“Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Equitativo y ecuaníme en los momentos cruciales, así era Don Quijote. Con todo y

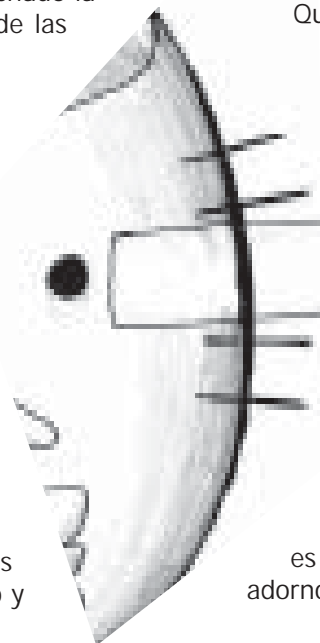
sus delirios (qué tal, por ejemplo, esas visiones fantásticas y sobrecogedoras de la Cueva de Montesinos), a pesar de sus arrebatos y sus obsesiones en medio de fantasmas y poderosos enemigos imaginarios, Don Quijote nunca deja la impresión de un hombre atormentado. Tenía incontables trabajos por cumplir en su misión de las andantes armas. Se había impuesto el deber de deshacer agravios, socorrer viudas y amparar doncellas. Vivía en tensión, en disposición de arco, listo para actuar donde quiera que se le necesitara. Sin embargo, se mantenía en paz con su propia conciencia. Don Quijote había conseguido la felicidad que Séneca le asignaba al sabio:

... la verdadera felicidad reside en la virtud. ¿Qué te aconsejará esta virtud? Que no estimes bueno o malo lo que no acontece ni por virtud ni por malicia; en segundo lugar, que seas inmovible incluso contra el mal que procede del bien; de modo que, en cuanto es lícito, te hagas un dios. ... La virtud es más que suficiente. ¿Pues qué puede faltar al que está exento de todo deseo? ¿Qué necesita del exterior el que ha recogido todas sus cosas en sí mismo?

Al principio de su obra *De vita beata*, Séneca hace un paráfraseo de Aristóteles, quien decía que “todos los hombres tienden por naturaleza a saber”. Séneca dice: “Todos los hombres, hermano Galión, quieren vivir felices.”

La felicidad del sabio emana de la virtud y del conocimiento de sí mismo. Bien le aconsejaba Don Quijote a Sancho (en los segundos consejos, referidos más al cuidado de sí que al gobierno de la Ínsula), que “has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey...”

Tales consejos resumen el encanto del humanismo quijotesco. El caballero andante le enseña también a su escudero hasta cómo comportarse en sociedad, cómo hablar con mesura, y le reprende por su recurrencia a “una muchedumbre de refranes”. Además, lo amonesta así, en esta suerte de lecciones de etiqueta, que es hija de la ética, y “que han de servir para adorno del cuerpo”:



No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería... Anda despacio, habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a tí mismo, que toda afectación es mala...

Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago... Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra...

De una belleza exquisita son estas amonestaciones: "Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores, porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos, han subido a la suma dignidad pontificia e imperial..."

De la virtud, clave de la felicidad del sabio en la ética de Séneca, predicaba así Don Quijote en su papel de consejero de Sancho Panza: "Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que padres y agüelos tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale".

No es justo ni pertinente desdeñar la complementariedad terrígena de Sancho Panza. Don Quijote es el soñador, el hombre cósmico. Sancho es el práctico y simple, el dueño de la filosofía socarrona que limitaba a los refranes. El novelista magistral del paisaje y de la vida campesina que ha sido Miguel Delibes dijo en su estudio sobre *Castilla, castellano y castellanos* que "la ciencia de la tierra, de las mudanzas atmosféricas, es en rigor la única sabiduría de los hombres del campo. Sabiduría limitada pero rigurosa y profunda". La voz de Sancho es la voz del hombre telúrico, la voz de la tierra.

En toda la novela de Cervantes, la página que de modo más preciso y elocuente sintetiza las características del pensar, el decir y el ser estoico de acuerdo con las ideas de Séneca es el Discurso de la Edad Dorada. La nostalgia de los tiempos idos que expresaba Don Quijote con *resignación, ironía y serenidad*, reproduce, quince siglos después (y con proyección hacia nuestro tiempo) la constancia del filósofo, en nombre de su visión resistente de la vida, la constancia del "valedor de la razón desvalida frente al poder desnudo". Poder

desnudo que es también el poder demolidor del tiempo:

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornocos despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella sin ser forzada ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían.

No hacen falta comentarios marginales para comprender el potente significado de ese memorable Discurso de la Edad Dorada.

La austeridad del estoico señaló la parábola vital de Don Quijote, desde el principio hasta los últimos instantes. Cuando estaba llegándole el ocaso de la vida, abrigó la intención de hacerse pastor. Es el momento culminante, de una existencia estoica. Es la plenitud de la ecuanimidad, de la resignación, la ironía y la serenidad:

En estas pláticas iban siguiendo su camino, cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconoció don Quijote y dijo a Sancho:

—Este es el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar e imitar a la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, a cuya imitación, si es que a ti te parece bien, querría, ¡oh Sancho!, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo “el pastor Quijótiz y tú “el pastor Pancino”, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos o de los caudalosos ríos.

El estoicismo es también, desde Séneca, una forma de vivir el desencanto, pero con resignación, ironía y serenidad. Casi en las postrimerías, después de pronunciar su testamento, Don Quijote se iluminó con un destello de lucidez suficiente para el arrepentimiento de lo único de lo que tuvo que arrepentirse:

Y, volviéndose a Sancho, le dijo:

—Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

¿Es la Ética un camino más hacia la Utopía? ¿Es el estoicismo senequista encarnado por Don Quijote una filosofía del desencanto? Con todo, en el filósofo, en el escritor y en el caballero andante, es la palabra la que enseña y la que deja huella, trasciende y perdura:

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho (concluye Don Quijote en sus consejos a Sancho), serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma...

Y Séneca justificó y defendió en su tiempo el valor del esfuerzo de los filósofos, con estos conceptos de suficiente expresividad, que alientan a subrayar el sentido trascendente de la reflexión ética:

¿No cumplen los filósofos lo que dicen? Pero ya hacen mucho con decirlo, con concebir en su pensamiento la virtud. Pues si sus hechos fuesen iguales que sus dichos, ¿quién sería más feliz que ellos? Por lo pronto, no hay que despreciar las buenas palabras y los corazones de buenos pensamientos. El cultivo de los estudios saludables, aún aparte de su resultado, es loable. ¿Es extraño que no lleguen a la cima los que escalan pendientes escarpadas? Pero, si eres hombre, admira, aún cuando caigan, a los que se esfuerzan por alcanzar las cosas grandes. Pues es una empresa generosa aspirar a cosas elevadas, intentarlo, sin mirar las propias fuerzas, sino las de su naturaleza, y concebir planes mayores que los que pueden realizar, incluso dotados de un gran espíritu.

Julián Marías estudió a Séneca y procuró interpretarlo en *La felicidad humana*. Es natural que nos preguntemos si tendría hoy vigencia, si pudiera aplicarse el estoicismo al estilo de Séneca, patente, como queda explicado, en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*:

Parece oportuno el volver los ojos a Séneca, pero con la condición de percibir lo que separa de él. Frente a la idea de la autarquía o suficiencia, vemos al hombre como esencialmente indigente, menesteroso, ligado a la realidad, de la que tiene que “dar razón”, justamente aceptándola, respetándola... Vale la pena resucitar a Séneca; pero eso significa darle nueva vida, la nuestra, con una mirada que recree su actitud, su esfuerzo, su temblor humano, y mida la enorme distancia que nos separa de él. Eso es precisamente lo que puede enriquecernos, ayudarnos a ser quienes somos.

Unos han hablado en varias ocasiones de *resucitar* a Séneca. Otros, de revivir al Quijote, que de eso parece que se trata en las invocaciones de estos días del cuarto centenario de la aparición de la obra máxima de la literatura. ¿No ha llegado acaso la hora de que un talentoso escritor se consagre a la tarea de escribir la tercera parte del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*, con la consecuente restauración de su profundo contenido ético y la lección de buena vida, de vida buena, con la virtud del sabio, que comporta para los hombres de esta época de confusión y perplejidad?

Sé muy bien que ustedes podrían simpatizar con las ideas de Séneca y aspirar a la resignación, la ironía y

la serenidad, pero sería un insensato si pretendiera probar su capacidad de experimentar el estoicismo y hacerlos entrar en estado de ataraxia al hacer más extensa esta exposición. Don Miguel de Unamuno, el insigne y valeroso Rector de Salamanca, escribió un recordable ensayo en el cual puso en relieve las semejanzas entre Don Quijote y Bolívar y dijo que bien habrían sido biografiados por Plutarco en sus *Vidas paralelas*. El gran pensador recordó a Bolívar cuando decía que Jesucristo, Don Quijote y él habían sido los tres grandes majaderos de la historia. ¿Hablar de ética en nuestro espacio y nuestro tiempo, será acaso una majadería más? Es razonable parafrasear a Unamuno en este recinto universitario, para responder, con el filósofo del sentimiento trágico: ¡Y qué gloriosa, qué divina es la majadería así!